

Cartas que se extraviaron

Lilia Ponce Durán

Enero de 1929

JAVIER

Javier, el pianista, está ya viejo y enfermo. Con frecuencia transita por la callejuela donde está Las Luciérnagas. Sigue cerrado, con dos gruesos maderos clavados en cruz en el viejo portón.

El letrero se ha caído, sólo quedó colgado de una esquina balanceándose con el viento. Algún día caerá completamente y entonces irá a dar a la basura. El hombre se quedó parado un buen rato en la banqueta de enfrente, esperaba ver a Sue, a Camila o a alguna otra de las mujeres que ahí trabajaban.

Javier había vivido la guerra de la Revolución mexicana apartado de los conflictos, tocando su piano en el burdel, sólo observando y escuchando a la clientela comentar sobre las complicaciones internacionales, los asaltos y saqueos; sobre héroes que se sacrificaban y vividores que se aprovechaban de las circunstancias. Conoció hombres que se enlistaban en ejércitos improvisados y que echaban a la suerte a cuál jefe debían seguir y obedecer. Javier parecía insensible a los horribles sucesos de muerte y violaciones, sólo le importaba tocar su piano y cantar.

En su intento de ver hacia el interior de Las Luciérnagas se recargó en una ventana y, para su buena suerte, se abrió un poco; siguió empujándola hasta conseguir un buen espacio para entrar. Poca gente cruzaba por la calle, seguramente nadie haría caso de un vagabundo que buscaba refugio.

Lloró de rabia al ver su piano hecho pedazos y al recordar esa noche en la que todo era alegría, gritos y risas. Se servía vino a raudales; las mujeres danzaban alocadas moviendo los glúteos provocativamente, todo mundo bailaba y cantaba. Las parejas se besaban y se hacían caricias obscenas.

Cuando entraron los soldados, nadie se sorprendió, pensaron que llegaban con el propósito de unirse a la velada y divertirse como en muchas ocasiones había sucedido, pero empezaron a sacar sus macanas y a repartir golpes a diestra y siniestra. Tomaban de los cabellos a las prostitutas y a empujones las subían a unos viejos coches. Pocas lograron huir revueltas entre la multitud que asustada salía por donde podía.

Vio a Camila bañada en sangre tirada en un rincón, quiso auxiliarla, pero se lo impidió aquel generalote de sonrisa siniestra que en varias ocasiones la había amenazado con clausurar su negocio y encerrarla en la cárcel, pues, según decía, ahí había contraído una terrible enfermedad que le impedía desempeñarse sexualmente con éxito, como correspondía a un macho de su talante.

A macanazos y jalones el pianista fue sacado del burdel, los soldados lo dejaron casi inconsciente tirado en la banquetta; ahí lo encontró Leo cuando llegó apresurado con el alma acongojada al enterarse de lo ocurrido en Las Luciérnagas. Lo ayudó a levantarse, le secó la sangre del rostro y trató de reanimarlo. De momento, Javier no recordaba nada, pero poco a poco fueron apareciendo en su mente las imágenes funestas de esa noche. Recordó a su querida Sue, seguramente estaba herida porque vio que sangraba; luchaba por zafarse de los gorilas, gritaba desesperada: “¡Mis cartas! ¡Mis cartas!”, pero tuvo el mismo destino que las otras mujeres.

Los dos hombres buscaron en la cárcel, en hospitales, preguntaron en oficinas, recorrieron la ciudad, pero nadie sabía nada.

El pianista quiso llevarse como recuerdo, aunque fuera, unas teclas de su piano. Anduvo a gatas buscándolas entre los escombros. Estaba oscureciendo y casi no se veía. Cuando decidió volver a casa, su mano tropezó con la caja de cartas de Sue. La reconoció porque María del Consuelo se la había enseñado varias veces cuando disponían de un poco de tiempo y se platicaban la historia de sus vidas.

Javier amaba a María del Consuelo, la amaba con todo su corazón, pero nunca se atrevió a decírselo. Sabía que estaba demasiado adolorida por tanto sufrimiento y prefirió callar y esperar a que con el tiempo se olvidara de tantas penalidades.

El viejo dolor comenzó a molestarle en el pecho; llegó hasta su cuartito y, sin desvestirse ni tomar el acostumbrado cafecito, se echó en la cama para leer las cartas.

Alquilaba un cuarto en la casa del tendero, hombre rudo y cruel, acostumbrado a hablar con palabras soeces. Tenía dos hijos, el mayor, un militar, era hijo de su primer matrimonio; el menor, Leobardo, era hijo de su segunda esposa y siempre fue un joven delicado, silencioso, muy parecido a su madre; vivía temeroso de los constantes golpes y regaños que su padrastro le propinaba cuando lo obligaba a ayudar en la tiendita.

El joven y Javier platicaron algunas veces, y éste le había sugerido que visitara el burdel, así que el pianista no se sorprendió cuando lo vio llegar a Las Luciérnagas, pero cuando se dio cuenta de que frecuentaba a Sue, la garra de los celos le oprimió el corazón y sintió un incontrolable deseo de golpearlo. Pero no lo hizo, tampoco lo denunció a su padrastro; se conmovió al verlo tan tímido, tan insignificante. Pensó que esas visitas acabarían por terminar, que la joven pronto se aburriría de él.

El pianista ya conocía bien la historia de esa muchacha, pero no importaba, quiso leer sus cartas y sentir que estaba cerca de ella. Le faltaba el aire, apenas si podía respirar, se sentía muy cansado, quería dormir porque los párpados le pesaban. Guardó las cartas y abrazó la cajita contra su pecho, se fue quedando dormido y... se murió.

Dos días después, Leo fue el primero en percibir el olor nauseabundo que salía del cuarto. El casero dio aviso a la policía, que se encargó de romper la puerta y llevarse el cadáver descompuesto envuelto en una cobija. Nadie protestó, pues Javier no tenía ningún familiar.

Fueron inútiles los esfuerzos que hacía la madre de Leo por contener a los curiosos que se arremolinaban en la puerta del cuartucho; había muchas mujeres mal vestidas, sucias, con el rebozo a la espalda. Entraron en montón para llevarse las pocas pertenencias del muerto.

Manos delicadas arrancaron la cajita azul con las cartas de Sue del cadáver que parecía negarse a soltarla, pues la abrazaba con fuerza.

Medio despostillada de una orilla y con la tapa desquebrajada, fue llevada cuidadosamente hasta un ropero y ahí quedó guardada entre sábanas y manteles que olían a limpio.

Marzo de 1913

Querida Remedios:

De pronto desapareciste de mi vida, hermana mía. Tú y mi padre se fueron así, de repente, ni siquiera pude despedirme de ustedes.

Ese día terrible nos ocultaron debajo de la cama. "Pase lo que pase, ustedes no se muevan de aquí", dijo la patrona. Tú estabas en el patio sacando agua del pozo cuando llegaron en bola. Vociferando insultos, penetraron en la casa, vaciaron las trojes, se llevaron las gallinas, puercos, algunas mulas y caballos. Empezaron a tomar algunos objetos de la sala y el patrón quiso detenerlos, pero se llevaron a su hijo Enrique, que entonces tenía veinte años. Papá también se fue junto con algunos peones. Unos iban contentos, se reían nerviosos, creo que se imaginaban los cambios maravillosos que iba a tener su vida; seguramente pensaban en la riqueza y el poder que les esperaba al unirse a la lucha. Otros, en cambio, se resistían a alejarse de sus esposas, de sus hijos y, entre llantos, les prometían un pronto regreso.

Fermín, Flora y yo volvíamos a nuestro escondite debajo de la cama, pero empecé a marearme con el olor acedo de la bacinilla y de las bolas de naftalina que estaban bajo el colchón, así que preferí salir para asomarme a la ventana, pero sólo vi nubes de polvo que envolvían un tumulto de soldados. Algunos iban a caballo, la mayoría caminaban seguidos por sus mujeres cargadas con el petate y los cacharros para cocinar. Seguramente tú ibas entre ellas, pero no logré distinguirte.

¿Cómo fue que te enamoraste de ese soldado? Mamá platica que no tenía nada de guapo, eso sí, era joven y muy atento. En medio de esa chusma que gritaba tantas palabrotas, él procuraba conducirse decentemente y pudo convencer a los peones de que se unieran

a su tropa. Todos lo nombraban “capitán Salazar” y le hablaban con respeto.

Sólo estuvieron en el rancho cinco días y tú saliste tras él, fascinada, sin importarte la dura vida que llevarías como soldadera, sin detenerte a pensar que mi mamá y yo íbamos a sufrir mucho con tu ausencia.

Don Gonzalo, el patrón que de por sí estaba delicado de salud, con este disgusto fue empeorando poco a poco. Permanecía acostado mucho tiempo, con la mirada perdida, como si no le importara nada, y a pesar de las atenciones que le tenía su esposa, falleció una mañana. Entonces nos quedamos en la casa sólo las mujeres: mamá, la patrona, Flora y yo. Los únicos hombres eran Fermín, que entonces tenía quince años, y dos viejos peones, un poco inútiles por su edad avanzada.

¿Quiénes eran esos asaltantes? ¿Eran zapatistas? ¿Eran carrancistas? Quien sabe, yo creo que no eran ni lo uno ni lo otro. Tal vez era alguna gavilla que no sabía ni a qué ejército unirse.

Nosotros no hacíamos otra cosa que llorar y rezar. Así pasamos muchos días, casi no hablábamos ni comíamos. Mi madre y la patrona llenaron la sala de veladoras, ofrecían misas y rosarios y mil cosas al Santísimo para que les hiciera el milagro de regresarles a sus esposos e hijos sanos y salvos, pero ¡nada!, no los volvimos a ver.

La verdad, a mí ya me habían cansado tantos rezos. Se rezaba en la mañana, al mediodía, en la noche. A la hora en que empezaban los rosarios, Fermín y yo inventábamos pretextos para salirnos y nos íbamos al patio a fumar unos cigarrillos que Fermín traía, quién sabe cómo los conseguiría, seguro que los hurtaba de algún sitio, porque dinero no tenía.

Desde que te fuiste, estás en mi mente, hermanita, te hablo y te siento como si estuvieras aquí, a mi lado, sentada, y juntas recordáramos esos días hermosos en el rancho, cuando cabalgábamos por la campiña bañada de sol, desafiando la carrera del tren. Tú gritabas loca de felicidad, pero yo, que iba en ancas, temblaba de miedo agarrada fuertemente a tu cintura, hasta que un día nos dispararon desde un vagón. Los hijos de los patrones, Flora y Fermín, retrocedieron

con rapidez, pero nuestro caballo iba doblemente cargado y una bala lo alcanzó en una pata. Ahí quedó tirado y nosotras también, aunque el susto nos hizo recobrar del golpe y corrimos hasta alcanzar la arboleda. La luna ya ascendía en el cielo y las aves iban enmudeciendo cuando llegamos al rancho. Entramos muy silenciosas para que nadie se diera cuenta, pero mamá estaba muy angustiada esperándonos, y al vernos en esas fachas, llenos de lodo y con la ropa en jirones, nos metió de las orejas a la casa.

Cuánto deseo que algún día puedas leer mis cartas para que te des cuenta de cuánto te extrañamos y quieras volver al rancho.

Besos.

Sue

Diciembre de 1913

Inolvidable hermana:

Afortunadamente, el llanto calma las angustias del corazón y poco a poco nos fuimos resignando a aceptar nuestra realidad. La patrona recuperó su fortaleza de carácter; mamá, con su acostumbrada mansedumbre, se apoyaba en doña Sara y parecía no extrañar tanto a mi padre.

La patrona pensó que lo mejor era regresar a Puebla, pues en aquellos lugares tan apartados peligraban nuestras vidas; nos sentíamos amenazados por bandidos y malhechores que llegaban de repente cerca del rancho.

Fuimos hasta Tecamachalco. En el lugar donde debía detenerse el tren, esperábamos impacientes su llegada entre un montón de cajas y maletas. Cuando por fin oímos el silbato de la locomotora, entre la humareda aparecieron los pocos vagones que jalaba repletos de soldados y personas que se pudieron subir en estaciones anteriores. Nos fue imposible abordar.

Desalentados, nos regresamos al rancho, y doña Sara decidió que nos iríamos en la carreta. El viaje fue larguísimo y tedioso; todo el

trayecto lo hicimos temblando de miedo, temerosos de algún asalto. ¿Cuándo volveríamos? Quién sabe.

Abracé el paisaje con emoción, esos lugares donde había transcurrido mi vida me los llevé en el corazón. Muy dentro de mí surgía la amargura, me rebelaba a decir adiós a las floridas llanuras, con sus montes, sus árboles, con las garzas que cruzaban el cielo para después llegar al río, ahí donde nos encantaba ir a nadar y ver la puesta del sol. Nos reíamos al vernos todos anaranjados como el agua, como el cielo y las nubes. No aparté la mirada de Los Conchos (así se llamaba el rancho; nunca supe el porqué de ese nombre) hasta que desapareció en la lejanía. Hicimos varias paradas para comer y descansar. Cuando por fin llegamos a la ciudad, Fermín, Flora y yo íbamos bien dormidos; al despertar, dimos gracias al cielo por finalizar ese horrible viaje.

Todos los días pienso en ti, Remedios, te recuerdo así como eras: alta, esbelta, hermosa, con tus negras trenzas que te llegaban a la cadera, siempre riéndote y cantando. No sé cómo es que aprendiste tantas canciones. Ojalá que no hayas cambiado nada para que, cuando te vuelva a ver, pueda escuchar tu canto, siempre tan entonado y soñador

Ya quiero verte.

María del Consuelo

Julio de 1914

Remedios querida:

La casona de los patrones —¿te acuerdas, hermana?— está en el barrio de La Luz, en la orillas de la ciudad. La calle es amplia, con subidas y bajadas llega hasta la plazuela donde está la iglesia de Nuestra Señora de la Luz.

Cuando más pequeñas, íbamos con los patrones a Puebla y tú me llevabas hasta el templo. En la plazuela vendían cocolos y pambazos

calientitos, muy sabrosos. Ahora escasean los vendedores de pan, los pocos que hay tienen que estar luchando con los avorazados que quieren llevarse la mercancía sin pagar.

La casa tiene un enorme zaguán muy resistente, pero aun así vivimos en continua zozobra. Las tropas entran y salen constantemente de la ciudad, algunos soldados caminan pacíficamente, pero a veces turbas enfurecidas rompen vidrios y golpean los portones queriendo entrar. La gente se encierra a piedra y lodo y nadie sale de sus casas hasta que se aleja la multitud.

El sótano de la casa donde jugábamos a las escondidillas cuando pequeñas nos sirve ahora de escondite. Como está en el jardín de atrás, su entrada no se ve porque las enredaderas lo disimulan, y cuando oímos muchos balazos, corremos a protegernos ahí.

Casi siempre al amanecer presenciamos un grotesco espectáculo: en la calle hay basura y suciedad por doquier. Entre vómitos y orines se quedan dormidos algunos borrachos. No falta el muertito con heridas de bala o de puñal tirado en medio de su sangre ya seca llena de moscas.

Flora y yo tenemos prohibido salir a la calle; pocas veces nos asomamos a las ventanas. Pasamos el tiempo cosiendo o leyendo, aunque los libros que hay en la casa son de leyes y a mí me parecen muy aburridos porque no les entiendo nada. El único que sale a la calle es Fermín, también mamá cuando va a conseguir algo para comer. Ellos nos traen periódicos que leemos ansiosos de noticias, con el deseo de encontrar algún indicio de vida tuyo y de mi padre o de Enrique.

No es fácil entender esta guerra sangrienta, los choques de facciones, los ataques a ciudades, los atropellos a poblaciones pacíficas. Unos y otros se contradicen, se asesinan con la mayor tranquilidad, se cambia constantemente de gobernantes que hacen mil promesas de paz y progreso, pero quién sabe para cuándo será.

Leíamos que en México hay funciones de teatro, la gente pasea y sale a las calles; a pesar de la terrible situación, parece que la vida transcurre con cierta normalidad. Pero aquí no es así; escasean el agua y los alimentos, en ocasiones tenemos que tomar pulque porque, eso sí, abundan las pulquerías y por las calles pasan con frecuencia

hombres jalando burros cargados con barriles de pulque que venden con rapidez, pues todo mundo les compra.

Yo aprovecho el tiempo para escribirte, Remedios. Fermín se ha preocupado por mejorar mi lectura y mi ortografía y todas las tardes me pone a escribir algo, pues dice que tengo una letra espantosa. Ahora, cuando leas mis cartas, me vas a entender mejor.

¿Cuándo será eso?

Te abrazo.

María del Consuelo

Enero de 1915

Hermana mía:

Los carrancistas han entrado a la ciudad. La gente procura andarse con cuidado, pues cometen muchas injusticias y tropelías. Cuando alguien les llama la atención o no les hace caso a sus necesidades, inventan que es contrario al carrancismo y lo maltratan, peor para él si protesta, porque lo mandan a la cárcel de San Juan de Dios que, a decir de la gente, es un lugar tan inhumano que es preferible morir a quedar preso en ese presidio. Por eso, cuando los soldados se detienen en nuestra puerta y la golpean, en vez de salir a reclamar, nos escondemos en el sótano de la casa hasta que se van.

El otro día, después de varias semanas de relativa calma, nos despertó el insistente tañir de la campana llamándonos a misa. Todos nos animamos a salir, pues parecía un día tranquilo. Dejamos nuestro encierro y nos fuimos caminando hasta la iglesia. La calle nos parecía hermosa con sus casas muy limpias; estaban abiertos algunos talleres de artesanos que hacen linduras en arcilla. Todos reíamos y hablábamos en voz alta, saludando a todo mundo como si tuviéramos mucho tiempo de conocernos. Frente a la iglesia estaban las vendedoras de pan con sus enormes canastos sobre mesas improvisadas, repletos de pambazos, cemitas y cocoles, cuyo sabroso olor llegaba flotando hasta nuestra nariz.

La Virgen de la Luz, en la fachada de azulejos del templo, nos sonreía como si quisiera calmar las penas y desasosiegos vividos durante esta dura guerra. Estábamos felices, caminamos por la orilla del río y nos sentamos a la sombra de los árboles. La brisa nos parecía deliciosa después de tantos días de encierro.

Al atardecer, cuando se encendieron los faroles, se oyó el inconfundible pregón del mueganero: "La tri, la Pue, ¡muéganos, muéganos!" Hacía mucho tiempo que no lo escuchábamos y salimos corriendo a comprar esos dulces tan sabrosos. Tan contentos estábamos de haber pasado un día tan hermoso que olvidamos atrancar el portón y cerrar las maderas de las ventanas. De repente oímos un gran griterío, vimos hombres armados correr de un lado a otro empujándose, insultándose entre risotadas y escupitajos. Apenas nos dio tiempo de llegar al sótano. Con sus caballos empujaron el portón y entraron hasta la sala. Mi madre se quedó en la cocina porque estaba preparando la cena. ¡Pobre mamá!, tuvo que soportar las impertinencias y necedades de esos salvajes. Rompieron espejos y muebles, se acostaron en nuestras camas así como estaban, todos mugrosos y sudorosos, llenos de tierra.

Los sentíamos muy cerca porque algunos salían hasta el jardín a orinar y a defecar.

A Flora y a mí nos escondió la patrona entre los trebejos de los rincones y nos dio orden de no hablar ni movernos de ahí. Llorábamos de miedo y de cansancio por estar tanto tiempo en la misma posición. Nos estábamos quedando dormidas, cuando se escucharon balazos y un vozarrón que gritaba:

—¡Fuera todos de aquí, esta casa me la quedo yo! ¡Así que largo! ¡No quiero ver a ninguna mujerzuela ni a un pinche borracho! ¡Y van a limpiar este cochinerero que han dejado! ¡Rápido o aquí se mueren!...

Nuevamente balazos.

—Sí, mi comandante, al momento —se oyó decir con voz aguardentosa y somnolienta.

Ruido de carreras, maldiciones y después... silencio.

Alguien cerró las puertas y colocó las trancas. ¿Qué íbamos a hacer? Seguramente algún soldadote se adueñaría de la casa. La

angustia nos cerraba la garganta y no hacíamos más que rezar en silencio.

—¡Patrona, doña Sara! —gritó mamá—. ¡Vengan, vengan a ver quién está aquí!

Salimos corriendo del sótano y en la sala encontramos a un soldado robusto y bigotón que no era otro más que Enrique. Doña Sara lloraba de emoción abrazando a su hijo querido.

Enrique trajo carne y pasteles, y esa noche cenamos como no lo habíamos hecho en mucho tiempo. Y se quedó con nosotros en la casona de la Luz. Nos platicó que había pasado por el rancho y lo encontró muy descuidado, produciendo apenas un poco de lo que se sembraba. El viejo capataz le indicó que estábamos en Puebla, y afortunadamente llegó cuando más lo necesitábamos. Con él aquí ya no tenemos tanto miedo ni tanta hambre. Nosotras casi no salimos, ahora no es por temor a los soldados, sino porque hay muchos vagabundos y mendigos hambrientos que asaltan hasta por un pan.

Enrique había ascendido rápidamente en el ejército. Como sabía leer y escribir muy bien, casi no estuvo en los campos de batalla, más bien cumplía labores administrativas, elaboraba actas y acuerdos, atendía la correspondencia y se hizo indispensable entre sus superiores. Nos platicó que, cuando se enlistaron, estuvo un tiempo con mi papá, pero después se separaron y cada quien se fue en un regimiento diferente. De ti, Remedios, no nos dio ninguna noticia, dijo que no te volvió a ver. Nos fascina oír las historias que platica Enrique sobre las batallas. A temprana hora cerramos las puertas y nos sentamos en la sala a escuchar los episodios tan truculentos, salpicados de sangre y de muerte.

Cierro los ojos y me parece verte corriendo entre las balas, cargando un rifle junto a tu hombre. ¡Ay, hermanita!, ya me imagino lo que estarás pasando viviendo como soldadera.

Te besa.

Sue

Octubre de 1915

Remedios de mi corazón:

Han pasado muchos meses desde que llegamos a Puebla, yo he crecido demasiado, ahora tengo quince años y creo que soy muy guapa. El color de mis ojos es bastante raro. Según dicen, son zarcos con tonalidades verdes que llaman mucho la atención. Enrique me mira insistentemente, veo el deseo en sus ojos. Tiene la costumbre de acercarse a mí silencioso y siento su respiración agitada en mi nuca; le tengo miedo y no me separo de Flora o de mamá cuando él está presente. El piano de la sala ha dejado de estar abandonado, pues doña Sara lo toca muy bien y además es muy entonada, nos despierta en la mañana con unas canciones muy bonitas, aunque algunas demasiado tristes. Canta una que dice:

Dicen que los muertos reposan con calma,
que no hay sufrimientos en la otra mansión.
Que si el cuerpo muere, jamás muere el alma.
Y ésa es la que te ama con loca pasión.

Pobre señora, seguramente extraña demasiado a su esposo; mamá me platica que se querían mucho. Mi madre también sufre por la ausencia de papá, pero creo que se ha resignado más pronto que doña Sara.

Pero dejando atrás tantas atrocidades, la patrona ya más reconfortada decidió regresar al rancho. Nos sorprendió su decisión y entereza y obedecemos sin chistar, todos, menos Fermín, que deseaba seguir estudiando y prefirió quedarse aunque prometió visitarnos con frecuencia.

Qué bueno que regresamos a Los Conchos, ya extrañaba este hermoso lugar; ahora hay muchas golondrinas anidando en los aleros de la casa. Al anochecer, multitud de luciérnagas invaden el campo encendiendo y apagando sus lucécitas como si fueran diminutos foquitos. Yo me duermo dichosa, arrullada por el continuo croar de las ranas.

Doña Sara dirige el rancho con mano de hierro, pero todos la quieren y la respetan; ella sabe los nombres de cada uno de los peones, sabe si están casados o no, cuántos hijos tienen y se preocupa porque los niños vayan a la escuela, aunque les queda demasiado lejos.

Enrique se va por temporadas, y a su regreso nos trata como si fuéramos soldados de su regimiento; nos trajo rifles, pistolas y bastantes balas para enseñarnos a disparar. Pasamos muchas horas practicando tiro al blanco; nos adiestra en hacer trincheras, nos arrastramos con rapidez, pegaditas al suelo, reptando como serpientes. Aprendimos a esquivar las balas corriendo en zigzag o dando marometas en el aire; aumentó nuestra destreza para cabalgar y para colgarnos con habilidad por un lado del vientre del caballo, como para ocultarnos. La patrona se ríe de todo eso y asegura que ya no es necesario tanto entrenamiento, pues el país está en calma y nosotras jamás seremos soldados.

“Quién sabe, madre, quién sabe. Todavía no podemos estar tranquilos, las cosas pueden cambiar”, asegura Enrique.

Hermana querida, debo contarte algo terrible y doloroso: la otra noche estaba en la cocina terminando de alzar la vajilla, cuando entró Enrique bien borracho. Dando traspiés se me vino encima y empezó a besarme en la boca, que más bien eran mordidas y no besos; me apretó con furia los senos y me aprisionó contra la pared. Yo luchaba por zafarme, pero él me aplastó en el muro y a jalones me arrancó la ropa. Traté de gritar, mas con su boca sobre la mía no pude hacerlo. Se abrió el pantalón y sentí cómo separaba mis piernas con brusquedad; la sangre comenzó a mojar mi ropa. En eso vi que entraban la patrona y Fermín, pero ya no oí nada más. Cuando desperté, estaba en cama, y el doctor Alejandro estaba conmigo. Me puso una inyección y me recetó mucho aseo y reposo.

Alejandro es muy guapo. A partir de ese día viene con frecuencia dizque a recetarme, pero la verdad es que viene a ver a Flora que se ha puesto muy bonita y se alegra mucho cuando lo ve llegar.

Sé que todo ha cambiado para mí, que jamás seré una mujer digna y respetada. La patrona calla, nos quiere bastante, pero Enrique es su hijo. Mamá no sabe qué hacer, dice que lo mejor es irnos de esa casa,

pero para ella es difícil separarnos de esas personas que por tantos años han sido nuestra única familia; además ¿a dónde iríamos? No conocemos a nadie, ni tenemos casa ni nada.

Pensando en librarse de la responsabilidad de matrimonio, Enrique decidió irse; ojalá que sea para siempre. Doña Sara se puso muy triste, pero creyó que era lo mejor. No se atrevió a echarnos de la casa. En el fondo de mi corazón se lo agradecí, aun a sabiendas de que yo había sido la víctima. Tardé mucho en reponerme, pensé que nunca iba a poder tener hijos, pero Alejandro me sacó de dudas dándome mil explicaciones científicas sobre la virginidad y la fecundación.

Ay, Remedios, si estuvieras conmigo en estos momentos difíciles me consolarías con la paciencia de siempre y juntas buscaríamos la solución más adecuada.

Vuelve, Remedios, vuelve.

Sue

Mayo de 1916

Querida hermana:

Fermín sigue estudiando en Puebla porque quiere ser un gran abogado. Viene con frecuencia al rancho y por las noches visita mi recámara. Cuando estamos acostados, me hace promesas de matrimonio. Me pide paciencia, pues debe terminar su carrera primero.

A todo esto yo callo, no protesto ni nada. Muy dentro de mí siento como si Fermín me estuviera haciendo un favor para disminuir la culpa de su hermano. Y sucedió lo que tenía que suceder: he quedado embarazada. Ni mamá ni la patrona se imaginaban nuestros encuentros nocturnos, así que Fermín se armó de valor y le contó todo a doña Sara; ella nada dijo, pero en su rostro se adivinaba la decepción y el coraje.

Madre e hijo prometieron hacerse cargo de la criatura, pero nadie habló de matrimonio. Su mamá lo defendía diciendo que todavía era muy joven para responsabilizarse. Entonces Fermín me pidió que

fuéramos a ver a una señora que, dándote no sé qué brebajes, lograba que el bebé se perdiera. Desde luego, yo no acepté y él se puso bastante alterado, pues pretextaba que estudiando le sería muy difícil cumplir con su promesa. Yo, como siempre, callaba, sin defenderme, sin protestar, sin exigir nada. Sólo con llorar me consuelo un poco. Qué tonta soy, ¿acaso no valgo nada?

Flora trata de animarme. Me habla sobre la maternidad, sobre el embarazo; también ella me promete que me va a apoyar en todo momento, se lo agradezco mucho, pero la veo tan entregada a su noviazgo, a hacer planes felices para el futuro, que dudo mucho que disponga de tiempo para mí.

Con tantos problemas que se han presentado, mamá se ha desmejorado bastante. La veo desanimada, cansada, muy pocas veces se comunica conmigo y pasa muchas horas encerrada en su cuarto llorando.

Quisiera irme de aquí, quisiera ir a buscarte. Lo estoy pensando con insistencia, creo que debo planearlo muy bien.

Por favor, no te sorprendas de mi relación con Fermín. Algún día te escribiré cómo sucedió todo, pero ahora no quiero hacerlo porque me da vergüenza.

En cada carta que te escribo se esconde el deseo de saber adónde estás para poder enviártela y que te enteres de que aún brilla en todo mi ser una lucecita de esperanza que calma mi amargura.

Con cariño.

Sue

Junio de 1917

Hermana:

La ciudad de México aparece en mi mente como una obsesión. Me aterra conocerla, pero al mismo tiempo crece en mí el deseo de ir, de estar allí. ¿Cómo voy a hacer para encontrarte? ¿En dónde buscarte?

Siempre guardo el dinero que me da Fermín para comprar ropita al bebé, esperando el momento oportuno para irme, pero por ahora todos mis planes se vinieron abajo porque mamá enfermó de pronto. Alejandro dice que su corazón ya está muy cansado y le recomendó mucho reposo. Tuve que ayudar en los quehaceres que le correspondían y así se fueron pasando los meses y me fui poniendo gorda, muy gorda. Mi vientre estaba enorme a los seis meses de embarazo, tenía los pies hinchados, se me cayó el pelo, me dolían los pies... Pero no quiero seguir contándote tantas calamidades, mi Remedios querida, porque si hablo de ellas es como si las reviviera. Doña Sara tuvo que llamar a otras mujeres del rancho para que me auxiliaran en las tareas, pues yo casi no podía moverme.

Flora y Alejandro están preparando su próxima boda y son muy felices. Vivirán en Tehuacán, donde él tiene su consultorio. Alejandro estuvo atendiéndome todo el tiempo, pues aseguraba que estaba muy quebrantada de salud y que debía operarme cuando ya estuviera próximo el parto.

Cuando nació el pequeño Rogelio, yo no pude verlo hasta después de tres semanas porque estuve delirando, con fiebres altísimas, medio inconsciente. En mis momentos de lucidez pensaba que me iba a morir sin conocer a mi hijito. Doña Sara buscó una nodriza que alimentó a mi bebé mientras yo me reponía. Fermín cargaba al bebé y ponía cara de susto; yo creo que pensaba que el niño iba a quedar huérfano de mamá. En cambio, las abuelas enloquecieron de alegría, ellas se han ocupado de atender al niño en lo que yo recobraba la salud. Mi mamá hasta se levantó de la cama y se olvidó de sus males, no se despegaba de la cuna contemplando a la criaturita con embeleso.

La llegada de Nemesia me ha reconfortado un poco. Es una mujer joven, alta y muy robusta. De inmediato se dedicó a atenderme, me ayudó a moverme, a bañarme. Me enseñó cómo cambiar al bebé, cómo alimentarlo, cómo dormirlo y me está enseñando a coser los pañales y a tejer chambritas

Neme es una buena compañía, habla poco y, por lo tanto, no sé mucho de su vida. Me platicó que vivió en la ciudad de México en

el tiempo en el que asesinaron al presidente Madero y vio muchos de los horrores que sucedieron en la capital. Tuvo una hijita que se murió hace poco no sé de qué enfermedad. Le insisto mucho para que me describa como es la ciudad de México, por ella sé de algunas de sus calles, conozco pocos edificios, también paseos y jardines. En mi mente alocada ya me veo caminando por esos lugares cargando a mi hijito y contigo del brazo, Remedios. Ojalá fuera cierto.

Tuve la intención de platicarle a Neme mis planes e invitarla a irse conmigo, pero me contuve porque aún no le tenía la suficiente confianza y temí que se lo dijera a doña Sara, quien disimuladamente se acercaba en silencio como para escuchar lo que estábamos hablando.

Estoy firme en mis planes de ir a México, trato de ser paciente para que no se me escapen las fuerzas y pueda realizarlos.

María del Consuelo

Mayo de 1918

Remedios:

La boda de Flora estuvo muy bonita, eso me platica mamá porque yo no pude ir, convaleciente como estaba y porque tuve que cuidar al bebé. Flora se veía hermosísima vestida de novia. Yo la envidio, pues nunca podré vivir esos momentos que tanto anhelamos las mujeres. Me consuelo con mi bebé que se está poniendo hermoso y sano.

Fue aproximadamente un año el que mamá pudo convivir plenamente con su nieto, después su enfermedad la mantenía constantemente postrada en la cama. Tuve que olvidarme por lo pronto de mis planes de huida para poder atenderla y también al bebé.

Una tarde, por cierto muy hermosa y tranquila, bañada de sol, mamá me detuvo la mano cuando le arreglaba las almohadas y, con voz que apenas se oía, me dijo: "María del Consuelo, perdóname, perdóname por haber sido tan débil, tan tonta, perdóname por colocarte

en este camino de sufrimiento. Dios sabe que yo, como todas las madres, hubiera querido algo distinto, algo mejor para ti, pero me voy segura de que tienes la suficiente fortaleza para superar tantas calamidades”.

Besé su mano flácida y se fue quedando dormida, parecía estar tranquila. El aroma de los jazmines había invadido la recámara y las aves que regresaban al nido parecían darle la despedida con sus imparables trinos. Esa noche la velamos y al otro día, en la carreta llena de flores que habían traído los peones, la llevamos hasta el lejano panteón.

Como es de esperarse, tanto doña Sara como yo y la servidumbre pasamos muchos días extrañándola, nos costó trabajo acostumbrarnos a su ausencia. Fermín vino al funeral, estuvo cerca de mí todo el tiempo, pero casi no me habló. Jugaba con el bebé, lo cargaba y lo arrullaba, pero conmigo se mostró frío e indiferente. La patrona me culpó de ello y me acusó de injusta y malagradecida. ¿Qué se creará esta señora? ¿Qué no puede entender que yo soy la víctima?

En fin, me puse a pensar que Fermín había sido bueno y comprensivo. Traté de cambiar; cuando llegaba, lo cubría de atenciones. Así volvieron las noches de fingida pasión y volví a quedar embarazada.

Esta vez la preñez fue muy diferente, no aumenté mucho de peso ni estaba achacosa. Gracias al doctor Alejandro, que me atendió desde el principio, el parto fue normal aunque muy doloroso, como todos los partos. Mi nenita Leonor es muy parecida a su papá; pequeña y delgada, heredó sus ojos enormes y soñadores. Él ha venido más seguido, platicamos mucho y, cosa rara, me cuenta de sus planes para cuando finalice su carrera. Está trabajando con un grupo de abogados y más tarde abrirá un despacho, pero nunca habla de matrimonio.

Hermanita, siento tanto haber dejado pasar los meses sin escribirte. La verdad, a veces creo que estoy perdiendo las esperanzas de volver a verte. Ahora, con dos hijos, siento más lejana la posibilidad de irme, pero eso no quiere decir que te haya olvidado, al contrario, siempre pienso en ti.

Sue

Noviembre de 1919

Adorada Reme:

Preferí renunciar a todo momento de placer que arriesgarme a un nuevo embarazo, aunque con ello la relación con Fermín se hizo cada vez más distante. Doña Sara ha acaparado totalmente a mis pequeños. Como si ella fuera la madre, los atiende a toda hora; los niños la adoran y poco conviven conmigo, pues las tareas domésticas me absorben. Por las noches estoy rendida, sólo quiero dormir.

Cuando Fermín llega a Los Conchos trae muchos regalos, ropa y juguetes para los niños. No olvida obsequiar a su madre con algún presente, pero para mí jamás hay alguna atención ni una palabra cariñosa, mucho menos un regalo.

Fermín ha progresado mucho en su profesión, ahora es un gran abogado. Tiene un automóvil que con mil dificultades llega hasta el rancho, ya que los caminos no son más que brechas abiertas en medio del zacate o en las orillas de los sembrados. Siempre que viene se lleva a doña Sara y a los niños de paseo; a veces se van a visitar a Flora hasta Tehuacán o a sus parientes que viven en los pueblos cercanos y tardan varios días en regresar. Al salir, me hacen mil encargos, pero nunca me invitan a ir con ellos y yo no abro la boca para protestar. Al quedarme sola, tengo tiempo para cabalgar, me gusta hacerlo, tengo bastante práctica y destreza.

Una tarde me detuve a la orilla del río. Mientras mi caballo calmaba la sed, yo contemplaba la pálida penumbra de la tarde al caer y, pensando en ti, Remedios, revivían en mí ser los deseos de marchar a tu encuentro. Tan ensimismada estaba que no me di cuenta de la presencia de un jinete hasta que desmontó y se acercó a mí. Era un hombre ya maduro, como de cincuenta años, un poco gordo y muy alto. Se presentó como Esteban Arias. Me platicó que temporalmente vivía en Tecamachalco, contratado para planificar una carretera que comunicaría Puebla con Tehuacán, pues sólo había un camino horrible lleno de hoyos que, en temporada de lluvias, se convertía en un lodazal intransitable.

Su conversación era agradable y cordial, yo me sentía muy a gusto, pero la luz de la tarde comenzó a desaparecer con sorprendente rapidez y tuve que regresar a casa a toda prisa. Se hizo una costumbre encontrarnos junto al río por las tardes. Nuestra relación era sincera, apacible, sin la incertidumbre del sexo. Las confidencias fueron surgiendo sin pensarlo, y al poco ya sabíamos bastante sobre la vida del otro. Esteban era casado, su familia vivía en México, tenía esposa y dos hijos ya grandes. Yo le confié mi inquietud por irme a la capital, él no me desanimó: "Espera un poco, Sue, mi descanso está próximo y quiero ver a mi familia, entonces te llevaré conmigo. Puedes quedarte en mi casa con mi esposa mientras investigamos el paradero de tu hermana".

Ay, Remedios, nuevamente la esperanza iluminó mi corazón, renacieron los deseos de luchar por mi felicidad. Ahorro cuanto dinero llega a mis manos y hasta me pongo a cantar mientras cocino o mientras lavo.

Doña Sara me observa con malicia. Cuando salgo a cabalgar me pregunta con ironía a dónde voy y no tardó en llenarme de quehaceres para evitar mis salidas. No me importa, sigo con mis planes. Afortunadamente Esteban conoce mi situación y sabe muy bien la causa de mis ausencias: yo procuro ir a verlo, aunque con menor frecuencia.

En una ocasión me di cuenta de que un peón me seguía cuando cabalgaba, seguramente lo mandó doña Sara, pero conozco varias veredas y vericuetos y pude despistarlo.

Remedios, quizá ya esté pronto el tiempo en el que volvamos a vernos.

Me muero de impaciencia.

Sue

Mayo de 1920

Reme:

Tantos años de vivir en Los Conchos y yo no conocía Tecali, que de aquí está tan distante como Tecamachalco. Esteban me llevó un

día en una de nuestras largas caminatas, vagamos fascinados por los talleres donde se trabaja el ónix, estimado por su transparencia y variadísimos colores. ¡Cuántas cosas hay! Parece como si en esos mármoles se retratara el alba o los rayos del sol. Esteban me compró una alcancía amarilla con forma de puerquito y una cajita azul en la que caben bien todas las cartas que te he escrito, hay que manejarlas con mucho cuidado, son resistentes, pero pueden romperse. Aproveché el viaje para despedirme de esta tierra donde nací, de este paisaje que conoce mi vida, mis sueños, mis tristezas y alegrías. Era tiempo de lluvias y un estallido de colores engalanaba el campo. Los mirasoles en gran cantidad parecían alfombras color lila y doblaban sus corolas siguiendo al sol de la tarde; las maravillas de diferentes tonalidades, rojas, amarillas, azules y rosas, abundaban en las orillas de los caminos o de las milpas. Respiraba profundamente para llenar mi cuerpo con la energía de ese aire campirano que muy pronto dejaría de sentir, pues las vacaciones de Esteban estaban por llegar después de una larguísima espera.

El rancho prosperaba gracias a la buena organización y al trabajo de los peones que son honrados y laboriosos. Entonces, doña Sara comenzó a inquietarse y a pensar muy seriamente en radicar en Puebla para siempre. Fermín se puso furioso cuando oyó la decisión de su mamá:

—Los niños están muy contentos aquí —protestó— crecen sanos y felices. ¿Para qué cambiarlos de ambiente? Además, la casa está hecha un desastre, llevará un buen tiempo arreglarla.

—Mira, hijo —contestó la patrona—, es ya hora de que arregle algunos pendientes. No me he sentido bien últimamente, además también hay que pensar en los niños. Aquí la escuela está muy lejos y ellos algún día tendrán que estudiar.

Yo no me preocupé por la decisión de doña Sara, le había advertido a Esteban que tarde o temprano eso iba a suceder. Afortunadamente, tomé la precaución de darle la dirección de la casa de Puebla. Los dos nos alegramos mucho, pues de esa ciudad sería más fácil la salida para México.

Pese a todo, Fermín no logró disuadir a la patrona y marchamos a la ciudad de Puebla. Neme consiguió un buen equipo de sirvientes

creyendo que tendríamos mucho trabajo para arreglar la casa, pero para sorpresa nuestra la encontramos impecable, limpiísima, con cortinas nuevas y llena de flores. El jardín estaba impresionante, el pasto cortado y las plantas bien arregladas. Pensamos que Fermín quería darnos una sorpresa, pero había salido de la ciudad y tardó varias semanas en regresar.

A los dos días de nuestra llegada, un automóvil se detuvo frente al zaguán y descendió una señorita muy bien arreglada. Era pequeña y delgada, pero muy bonita, de facciones delicadas y grandes ojos verdes. Entró con mucha familiaridad y se sorprendió al vernos ahí.

—¿Con quién tengo el gusto? —preguntó.

—Soy la mamá de Fermín y ésta es su esposa (sorpresa) —dijo la señora señalándome.

La joven se quedó mirándonos sin hablar. Al fin tiró los paquetes que llevaba y salió corriendo.

Cuando Fermín regresó, no me dirigió la palabra, se encerró en su cuarto y, cuando salía, procuraba no encontrarse conmigo.

Doña Sara me exigió que no le hiciera ningún reproche ni pidiera explicaciones, pues pronto pasaría todo. Yo obedecí, como siempre, sin pedir ninguna aclaración, pero en mi interior me sentía furiosa conmigo misma por ser tan endeble de carácter. Me tranquilizaba saber que muy pronto Esteban vendría por mí. La impaciencia me tenía tensa. Cada vez que tocaban la puerta, yo salía precipitadamente a abrir. Neme no tardó en darse cuenta de mi intranquilidad; constantemente me perseguía y me atosigaba con preguntas. Acabé por ceder a su insistencia. Cometí la tontería de confiarle mis planes, pensé que era conveniente tener un aliado por si hubiera dificultades cuando llegara el momento de partir. Pasaron los días, los meses y Esteban no aparecía. Ya me estaba decidiendo a irme sin él, pero el miedo me detenía: ¿me llevaría a mis hijos?, ¿a dónde iría? Quise saber con cuánto dinero contaba, pero cuando busqué la alcancía, había desaparecido. Dio la casualidad que en esos días Neme se había marchado de la casa. En varias ocasiones la vi cuchicheando misteriosamente con la patrona. ¿Qué voy a hacer, Remedios? Tengo que dar vuelta atrás a todos mis planes y volver a empezar. ¿Por cuánto tiempo resistiré?

He dejado de escribirte..., no sé ni por qué. Será porque ya perdí la esperanza de que estés viva o será porque acabo tan cansada de los quehaceres diarios o porque la tristeza ha matado mi ánimo.

Esteban nunca apareció, o si llegó a venir, no me di cuenta. Bien pudo suceder que doña Sara haya abierto la puerta y le haya negado el verme.

A veces sueño que el tiempo es como el viento, que así como barre las calles en alocada carrera, también se detiene a dormir entre los árboles y yo detengo al tiempo entre mis brazos y puedo volver al pasado, a los días felices que viví a tu lado, hermanita.

Te quiere

María del Consuelo

Mayo de 1925

Querida Remedios:

La tarde se acaba, el aire se quiebra con unas gotas de lluvia cada vez más abundantes. El chubasco lava las angostas banquetas y la gente corre a refugiarse donde puede. Trato de escribirte para platicarte algo de mi vida aunque sé que esta carta, como las anteriores, no sabré a dónde enviarla.

Pronto escucharé la voz de Camila llamándome para que baje a atender a los clientes que, a pesar de la lluvia, van llegando poco a poco. ¿Por qué estoy aquí? ¿Por qué no me voy? Puedo hacerlo, nadie me detendrá, puedo salir cuando yo quiera, pero no lo hago ¿por qué?

No quiero describirte cómo es este lugar. A pesar de la alegría y desvergüenza que aparenta, cada una de las que trabajamos aquí tiene una historia triste llena de sufrimientos, a veces es una historia trágica transcurrida entre la muerte y la miseria. Cuesta trabajo creer que nos hayamos adaptado a esta vida en la que las humillaciones rebajan tu espíritu y quebrantan el cuerpo, en la que a veces hay golpes e insultos.

Cuando vivíamos en el rancho, los patrones nos trataban muy bien a pesar de ser hijos de sus sirvientes. Como habíamos nacido ahí, nos dejaban jugar con sus hijos y tomar las clases con el profesor que todas las tardes llegaba hasta Los Conchos. No faltaban las distinciones y rechazos, sobre todo cuando había visitas y teníamos que ayudar a mamá a servir y a atenderlas. Pero, a pesar de todo, vivíamos tranquilos. Papá nos platicaba que había tenido suerte de encontrar trabajo ahí: no era un rancho muy grande, el salario era insuficiente, pero los patrones eran generosos. Nos contó que con anterioridad vivían en una hacienda, allá por la Sierra de Puebla, donde los trataban muy mal, casi como esclavos; afortunadamente pudieron huir y llegar hasta aquí.

Cuando crecimos, los jóvenes de la casa pudieron gozar de mi cuerpo, y la patrona no le dio importancia. Mi madre, con su silencio, pareció aceptarlo. Entonces se impuso en mi mente y en mi corazón la marca de la servidumbre que me ha acompañado siempre y que he aceptado como un destino inevitable.

Ya empiezan los gritos de Camila: "Sue, ¿a qué hora bajas? Te necesito aquí".

Las campanas de la iglesia lanzan sus últimos sonidos, lentos, clamorosos. Se encienden las pocas luces que iluminan el cartel de la entrada: Las Luciérnagas, algunas letras medio borradas casi no se ven, la puerta está desvencijada y rota de tantos golpes y patadas que a diario recibe. Cuando cerramos, tenemos que atrancarla fuertemente para que los borrachos no acaben derribándola.

Lloro, grito, me desespero, pero no me voy. ¿Por qué? ¿Es miedo? ¿Es vergüenza? No lo sé, no entiendo qué hay dentro de mi cabeza, no logro aclarar la oscuridad de mi alma. A veces salgo a caminar por las calles, camino entre la gente sintiendo que me observan con desprecio, pero no es cierto, ni quien me vea. Llego hasta la casa donde viven mis hijos, es la misma casa de los patrones, ahí donde pasamos muchos días de nuestra infancia, la misma que nos albergó en los largos meses de guerra. Conserva el mismo zaguán ancho y pesado, pero ahora está pintado igual que la fachada, tiene una elegante campanita dorada para llamar desde afuera.

Cuando logro verlos, se despierta en mí el deseo de correr a abrazarlos, decirles que soy su madre, gritarles que soy inocente de esta separación involuntaria, pero no lo hago, me detengo, me escondo para que no me vean. Los miro pasar siempre muy limpios, muy arreglados, van a la escuela acompañados de una nana joven todavía delgada y bajita de estatura que no cesa de platicar con ellos.

Esta vez, Camila está golpeando la puerta:

—¿Qué te crees, Sue? ¿A qué hora vas a bajar?

—Ya voy —contesto con desgano— estoy preparando la ropa.

Me esfuerzo en arreglarme lo mejor que puedo. Al verme en el espejo, observo que mi carne sigue firme y que, a pesar de la tristeza, mis ojos zarcos alegran mi rostro.

Me odio, me odio a mí misma por cobarde, por no tener valor para defenderme, por no enfrentarme a Fermín y superar el miedo que le tengo al saber que es un abogado tan importante en esta ciudad.

Cuando llegué aquí empujada por el hambre y el frío, Camila me contrató para hacer la limpieza y ayudar en la cocina a cambio de techo y comida, pero luego cambió de parecer y me pidió que me fuera, a menos que quisiera trabajar como las demás. ¿Qué iba a hacer? ¿A dónde iría? No conocía a nadie y necesitaba dinero. Acepté pensando que no iba a ser tan difícil, pero no ha sido así. Afortunadamente, por mi frialdad y desgano tengo poca clientela. Camila me regaña constantemente, me pide que sea más cariñosa, más sensual, que sea más fogosa. Me advirtió que si no cambio, me va a correr. No me importa. Tengo un poco de dinero ahorrado con el que pienso ir a buscarte, pero ¿a dónde? ¿Cómo voy a encontrarte, Remedios, cómo?

María del Consuelo

Noviembre de 1925

Mi Remedios:

Mi vida ha cambiado mucho a partir de esos dolorosos acontecimientos que me hicieron salir de casa. Era una tarde calurosa y seca, yo

no sabía a dónde ir, tenía un poco de dinero y compré algunos panes para mitigar el hambre. Estuve vagando sin rumbo con el corazón dolorido por la impotencia y la injusticia. Al anochecer, me metí al atrio de una iglesita y ahí permanecí toda la noche, acurrucada en un rincón sin dejar de llorar un solo momento.

Muy temprano abrieron las puertas del templo y pude entrar para rezar y calmar mi pena. Una señora que hacía el aseo se acercó a mí para preguntar la causa de mi angustia; sin contestarle, le pedí información sobre alguien que pudiera ocuparme como sirvienta. Dudó un poco, pero en seguida me informó que en Las Luciérnagas necesitaban una persona para hacer el aseo; ya me imaginaba que se trataba de un burdel, pero ni modo, tenía que trabajar.

La dueña del lugar, Camila, estaba ya despierta dando instrucciones a la cocinera; es una mujer un poco gorda y bajita de estatura, con el pelo rubio y crespo, grandes ojeras oscuras circundaban sus ojos pequeños y vivaces color verdoso.

“¿Vienes por lo del trabajo?”, preguntó. Sin dejar de fumar puso la escoba y el trapeador en mis manos dándome indicaciones sobre como quería que se limpiara la casa. El lugar estaba muy sucio, lleno de colillas de cigarro, algunas botellas de vino regadas y no faltaban los escupitajos; ni modo, había que ponerse a trabajar.

Supe después que Camila es cuatro veces viuda, todos sus esposos han muerto en forma misteriosa. Según me dijo el pianista, el último murió de un bacinicazo que le había partido la cabeza. La bacinica debió ser de plomo o de algo sumamente pesado como para causar la muerte. En esos días, la confusión de la guerra y las batallas inesperadas habían cobrado fuerza, la ciudad se paralizaba y nadie tenía ganas de estar investigando sobre escenas de celos. Además, Camila tenía bastantes conocidos en el gremio de la abogacía como para que ella, que había arrojado la bacinilla con todas sus fuerzas desde el segundo piso, quedara fuera de toda sospecha.

Javier, el pianista, es alto y delgado, un poco viejo; aporrea el piano sin misericordia con sonidos discordantes que animan esas veladas de locura y sexo. Pero cuando no hay gente, toca melodías

bonitas, algunas muy tristes acompañadas con su voz vibrante y entonada; yo lo escuchaba cuando hacía el aseo del burdel. Tocaba un tango que, según él, le llegaba al alma y a mí también:

Fume compadre, fume y charlemos.
Y mientras fuma, recordaremos
que, como el humo del cigarrillo,
ya se nos va la juventud.

¿Por qué Fermín me habría hecho esto?

Ya tenía mucho tiempo sin dirigirme la palabra, frío e indiferente durante los pocos minutos que estábamos juntos. Constantemente salía por las noches, seguramente a alguna fiesta, pues lo oía llegar medio borracho.

Al acostarme, dejaba abierta la puerta de mi recámara por si acaso quería regresar a mi cama y me quedaba dormida esperándolo. Una noche estaba dormida y sentí un cuerpo deslizarse bajo las sábanas, se quedó dormido junto a mí, pero no me atreví a acercarme, aunque no dejó de agradarme, pues después de todo él era el padre de mis hijos. Creí que estaba soñando, pero no, ahí estaba, roncando muy raro. Iba a prender la lámpara, cuando se abrió la puerta y entró Fermín: “¡Putá, mujerzuela!”, gritó prendiendo la luz y acercándose a la cama para golpearme. El hombre que estaba a mi lado se levantó rápidamente, estaba completamente vestido y corrió sin recibir ningún golpe.

La sorprendida era yo, que no atinaba a entender lo que pasaba. Fermín me arrastró de los cabellos, me pateó y me corrió de la casa advirtiéndome que no volviera más.

Mis hijos estaban sentados en la escalera en ropa de dormir, lloraban pero no se acercaron a mí. Su mirada me pareció llena de odio y reproche. Quise abrazarlos, explicarles que eso era una farsa, una mentira, pero Fermín me lo impidió, los cargó y se los llevó en su coche. Me gritó que no quería encontrarme a su regreso. ¿Y doña Sara? ¿Dónde estaba? ¿Por qué no apareció con el escándalo que seguramente oyó?

Cuánto lamento que no hayas estado cerca, querida Remedios, tú me habrías aconsejado, me habrías ayudado a ser fuerte y a enfrentarme a Fermín, aunque sea un gran abogado.

Te abrazo.

Sue

Febrero de 1926

Hermana de mi corazón:

En estos días Las Luciérnagas permaneció cerrado. Ignoro cuál fue el problema que tuvo Camila; ayer oí gritos de un cliente que amenazaba con demandarla a las autoridades y cerrar el burdel. Salió temprano muy arreglada y nos recomendó que ni nos asomáramos ni le abriéramos a nadie.

Pasé el tiempo ordenando las cartas que te he escrito, las tengo guardadas en la caja de ónix que me regaló Esteban, en espera de una oportunidad para enviártelas.

El otro día llegó un estudiante muy joven, se sentía temeroso y no se atrevió a tomarme. Mejor nos pusimos a platicar y me contó que su padrastro se burla de él porque no ha tenido sexo con ninguna mujer. Le dice marica, poco hombre y mil adjetivos más. Yo lo tranquilicé y le dije que poco a poco iríamos intentándolo; me dio las gracias gustoso y prometió volver con frecuencia. Pobre, es muy delgado, por eso en su rostro se destacan enormes sus ojos con una mirada de ternura y miedo; me conmovieron tanto que, sin quererlo, vino a mi mente el rostro de Fermín. Así era, muy delgado, y en sus ojazos había siempre una mirada piadosa llena de amor. No he olvidado aquella tarde en que regresó de Puebla, me abrazó y me llevó al jardín. Hizo una corona con blancos y perfumados jazmines y con ella adornó mi cabeza; después sacó un anillito que me puso en el dedo, al tiempo que me besaba en la boca. Sus ojos serenos me veían con amor (¿o sería compasión?).

“Ahora ya eres mi esposa —dijo—, ya estamos casados, dime que aceptas.” Al principio creí que era una broma, un juego inocente,

como cuando pequeños jugábamos a que éramos el papá y la mamá, pero no fue así, en verdad Fermín se creía mi esposo, pues cuando llegaba al rancho pasaba las noches en mi cama. Yo lo aceptaba resignada, haciendo esfuerzos por mostrarme contenta, pero no lo amaba como para ser su esposa, aunque creí que era lo mejor después de lo sucedido con Enrique. Pensé que como mujer deshonrada no tenía otra opción.

El estudiante ha regresado varias noches a Las Luciérnagas, que ya volvió a abrir sus puertas después de una semana de descanso. Se llama Leobardo, pero yo le digo Leo, parece que ya va perdiendo la timidez y se va atreviendo a más cada vez. Pasamos mucho tiempo platicando, con el consiguiente disgusto de Camila, para quien el tiempo es dinero. La otra noche entró tan enojada a mi recámara que casi sacó a empujones al pobre Leo, que todo asustado me miraba suplicante como para que lo ayudara. Furiosa, Camila metió a mi cuarto a un soldado borracho que dizque era comandante del ejército constitucionalista. Afortunadamente, en los primeros lances se quedo bien dormido, roncando con estrépito y ocupando toda la cama. Tuve que finalizar la noche tirada sobre una colchoneta tiritando de frío. Esta vez Camila no protestó por la tardanza, pues supe que el tal comandante había pagado mucho dinero por disfrutar de mis atenciones. Remedios, hermana, a pesar de los años transcurridos, tu imagen no se ha querido ir de mi mente. ¿Por qué no vienes?, ¿te has olvidado de mí? Por favor, dame alguna señal de que estás viva.

María del Consuelo

Octubre de 1926

Amada Reme:

Leo acude con mucha frecuencia al burdel y yo tiemblo de emoción cuando lo veo llegar. Ha cambiado mucho, ya no es tan tímido, ahora es apasionado y muy tierno, me acaricia con mucho cuidado, como

si me fuera a romper, me habla muy quedito, casi pegado a mi oreja y sus palabras son siempre dulces y halagadoras. Yo me siento feliz, alargo el tiempo en que puedo estar con él, disfruto mucho de su cuerpo joven, delgado y firme. Cuando está sobre mí, siento que me voy al cielo, pienso que este mundo cruel no existe, olvido todo lo pasado y deseo que esos momentos no se acaben nunca.

Me resisto a enamorarme. Leo es mucho más joven que yo, no sé cuántos años, porque no le he preguntado su edad. Me inquieto mucho cuando tarda en venir, me la paso mirando hacia la puerta y, cuando aparece, ambos corremos a encontrarnos, nos abrazamos, nos besamos y ya no queremos separarnos. Camila nos ve con enojo, insiste en que debo atender a más clientes, pero se conforma cuando Leo le da suficiente dinero y deja de molestar. Tampoco Javier, el pianista, ve con buenos ojos a Leo. El otro día le dijo muy molesto que lo iba a acusar con su padrastro, pero el estudiante no le hizo caso. Leo me confesó que, por su cuenta, vende algunas mercancías de la tienda sin que su padrastro se entere. Tiene el cuidado de esconderlas antes de que el viejo las anote en su lista; así puede juntar dinero para pagarle a Camila. Cree que su mamá ya descubrió sus robos, pero confía en que le guardará el secreto. Pocas veces habla de ella, pero cuando lo hace, sus grandes ojos se nublan con lágrimas. Me platicó que la señora nunca habla sobre su nacimiento. Parece que su padre se hizo ojo de hormiga al saber de su embarazo y ella tuvo que enfrentar sola la ira de su familia que la repudió. No tuvo más remedio que aceptar la proposición de matrimonio del tendero que la pretendía desde tiempo atrás.

¿En que estaría pensando Dios cuando creó a la mujer? ¿Por qué nos oprimió con tantos prejuicios? La castidad, el deshonor, la virginidad. ¿Cuántos candados nos puso el creador para poder ser felices! ¿Sería Dios o es sólo la mente del hombre, del macho, de la religión y de la misma sociedad?

Anoche Leo y yo estábamos muy felices platicando y tomando una copa, cuando llegó el generalote, el mismo que ya te he platicado que demandó a Camila. Estaba medio borracho y empezó otra vez con sus amenazas: "¡De mi cuenta corre que este prostíbulo desaparezca!",

gritó al mismo tiempo que disparaba hacia el techo. Afortunadamente, estaban otros militares (no supe de qué rango) y pudieron detenerlo invitándole más copas, hasta que estuvo completamente ebrio y se quedó, babeante, bien dormido en un sillón.

Es horrible. Yo lo veo como un demonio prieto, con unos ojillos como rayitas y cacarizo además; su pelo es demasiado corto, se le eriza cómicamente, sobre todo cuando se enfurece.

Ay, Remedios, ojalá que se muriera en alguna batalla, pues aunque nos olvidamos de él, cuando llega y nos amenaza nos quedamos muy inquietas pensando en qué va a ser de nosotras. Según escuché, tiene muchos amigos en el gobierno y lo aprecian mucho porque en los combates se distingue por su bravura y coraje. Leo me tranquiliza con sus palabras llenas de amor y optimismo. Me dice que ya está arreglando las cosas para sacarme de aquí, ¿qué cosas serán? No quiero ni pensarlo, no es justo que nos enamoremos. Leo es muy joven, muy decente y, a pesar de su timidez, ha estudiado mucho. ¿Y yo qué soy? Una...

Te quiero.

Sue

Mayo de 1927

Reme:

Paseando con Leo he tenido oportunidad de conocer Puebla. Un día a la semana él va por mí a Las Luciérnagas y salimos a recorrer las calles de la ciudad. Al principio me daba vergüenza que me vieran de su brazo, pero él se mantiene indiferente cuando la gente nos observa, y como si nada me lleva de la mano por todas partes.

Según dice, Puebla es una de las ciudades más bellas de nuestro país, con un clima maravilloso que la hace próspera y feliz.

Paseamos por sus jardines llenos de flores, con frescas arboledas, como el Paseo Bravo, el Paseo Hidalgo. Encontramos una fuente colonial muy bonita al comenzar la avenida de La Paz, la cual fue

donada por el gobierno español con motivo del Centenario de nuestra Independencia.

No sé cuántas iglesias conocimos, son muchísimas; siempre nos sentamos en el atrio a contemplar sus torres majestuosas y a escuchar el sonoro bronce de sus campanas. La iglesia que más me gustó es la de la Compañía, es enorme. Según dicen, en ella se encuentran enterrados los restos de la princesa oriental que dio origen a la leyenda de la China Poblana.

También visitamos muchos edificios, algunos muy antiguos. Desde la azotea de uno de ellos pudimos contemplar casi toda la ciudad, y en la lejanía se distinguían los imponentes volcanes que nos ofrecían un increíble panorama.

Me encantó recorrer la calle dónde abundan las dulcerías, con su gran variedad de golosinas: suspiros de monja, gaznates, tortitas de piñón y exquisitos camotes, cuyos adornos parecen verdaderos encajes.

En los portales de la Plaza de Armas hay una pastelería, siempre que vamos ahí nos sentamos a comer ricos pastelillos mientras suenan las campanas de la Catedral, que es un monumento maravilloso. La otra tarde, después probar los famosos “nevaditos” de don Hermilo, nos fuimos caminando por una ancha calle, bajo un cielo intensamente azul. Sin saber por qué, nos detuvimos en la entrada de un edificio que nos llamó la atención por su fachada de azulejos. Una placa dorada decía: Lic. Fermín Mendizábal, abogado. Esta vez no me detuve. Sin pensarlo, entré y subí las escaleras hasta el primer piso. Me paré frente a una puerta de cedro muy elegante que tenía el mismo nombre con letras de latón. Leo seguía tratando de detenerme, pero no le hice caso y empujé la puerta con fuerza ante la sorpresa de los empleados que ahí trabajaban.

—¿El licenciado Mendizábal? — pregunté.

—El licenciado Fermín salió de la ciudad —dijo un hombre calvo con lentes gruesos.

—¿Y cuándo volverá? — insistí.

—No lo sabemos, cambió su despacho a otra ciudad.

Leo me tomó del brazo y me obligó a salir de ahí:

—¿Qué haces? —me preguntó.

—Quería que todos supieran lo que me ha hecho su espléndido abogado. Quería gritarle que me ha quitado a mis hijos, quería...

—¡Basta! —gritó Leo—. Afortunadamente no estaba, de otra forma podía haberte hecho cargos por levantar falsos.

—¿Qué dices? Sabes bien que no son mentiras —contesté.

—Sí, lo sé, pero ¿quién va a creerte? Sería su palabra contra la tuya.

—¿La palabra de una prostituta?

—No quise decir eso —contestó Leo muy apenado.

Salí tambaleándome de rabia y le pedí que fuéramos hasta la casa de la Luz. Al llegar allí, me temblaban las rodillas, pero no dudé en golpear el portón hasta que me abrieron. Por fin apareció un hombre viejo que, según dijo, cuidaba la casa desde que Fermín se fue a otra ciudad.

—¿A qué ciudad? —pregunté.

—No lo sé —dijo—, parece que a México, se fue con su esposa y sus hijos; a veces viene a traerme dinero y a darle una vuelta a la casa.

—¿No se fue al rancho, a Los Conchos?

—No, el rancho se vendió cuando murió doña Sara— ¿Quién es usted? ¿Por qué pregunta tanto?

No contesté, di media vuelta y tomé el brazo que Leo me ofrecía. Silenciosos regresamos a Las Luciérnagas. Me despedí precipitadamente, sólo quería llegar a mi cuarto y llorar; lloré mucho hasta que desahugué el dolor y la rabia que sentía. Pensando en ti, Remedios querida, me fui quedando dormida.

María del Consuelo

Diciembre de 1927

Hermanita:

Esta Navidad no quisimos trabajar. Las navidades anteriores las habíamos pasado atendiendo a los clientes como todas las noches,

pero esta vez le pedimos a Camila que nos dejara disfrutar de una Nochebuena diferente.

No abrimos el portón a pesar de que algunos hombres tocaban con insistencia. La cocinera nos preparó un exquisito pavo relleno, Javier llegó con dulces y pasteles, y Camila sacó unas botellas de whisky que tenía guardadas. Nos prometimos no platicar nada de tristezas ni sufrimientos, ¡esta noche debería ser de felicidad, plena, de risas y alegría!

Javier tocó música muy bonita, bailamos al compás de los vales: Alejandra, Sobre las olas, Olímpica, Morir de amor, y muchos más que Javier sabía. Cantamos, bromeamos, nos carcajamos, nos abrazamos y brindamos deseándonos lo mejor para el año que estaba próximo a comenzar.

Acostumbradas a dormir de madrugada, pasamos las horas gozando hasta que el whisky comenzó a hacer sus efectos y, a pesar de nuestras promesas, las páginas de nuestras vidas acabaron por surgir entre hipo y lágrimas.

El primero en hablar fue Javier, que ya estaba muy pasado de copas, casi no podía tocar y con frecuencia se dejaba caer sobre el teclado sollozando al recordar sus dolorosa orfandad, la falta de recursos para terminar sus estudios de música, su vida llena de soledad y sin amor; nos habló de su enfermedad del corazón, la cual ya conocíamos, pues en varias ocasiones tuvimos que llevarlo de emergencia al hospital.

María, quien había llegado hacía pocos meses, es alta, robusta, bastante morena y con unas trenzas como las tuyas, Remedios. Nos platicó que su esposo y ella trabajaban en un rancho, allá por Zacatecas. Cuando llegaron los villistas, tuvieron que huir para esconderse en los cerros y así evitar ser víctimas de aquellos energúmenos. Permanecían mucho tiempo en los bosques sin agua y sin alimentos hasta que los soldados se marchaban. Dejaban todo destruido, mataban a los peones, se llevaban a los animales.

Eso sucedía varias veces, pues no sólo los villistas llegaban hasta ese lugar, también otras tropas cruzaban por esos caminos. Por fin su esposo se marchó con una de tantas tropillas y murió en una

batalla cerca de Zacatecas. María quedó sola con su hijita, quien más tarde falleció en la ciudad de México por una tifoidea mal atendida.

La única que no tenía una historia triste era Estela. Ella estaba feliz con sus padres, pero eran pobres; con muchos trabajos sobrevivían de vender dulces en las calles. Estela ya no quiere ser pobre, se propone conquistar a algún viejo ricachón, aunque tenga que soportarlo, pero quiere tener una gran casa, automóvil, joyas, mucha ropa. Es joven y bonita, pero dice que el amor la tiene sin cuidado. ¡Ojalá que logre sus propósitos!

Cuando me pidieron que les contara mi vida, ya estaba amaneciendo y casi todas nos caíamos de sueño, así que mejor lo dejamos para otra ocasión.

¡Qué bueno! Porque no me gusta estar recordando todo aquello que me ha dejado el alma llena de heridas. ¿Crees que este año será de buena suerte para nosotras, Remedios? Quiero ser optimista y pensar que sí, este año que viene seguramente nos encontraremos.

Sue

Mayo de 1928

Inolvidable hermana:

A veces pienso que Javier está enamorado de mí. La otra noche le estaba mostrando tus cartas y me dijo: "¿Y para qué escribes más? ¿Para qué guardas tantas cartas? Es una tontería, difícilmente sabrás dónde se encuentra tu hermana para que puedas enviárselas".

Nunca me había hablado así, al contrario, siempre me animaba a escribirte y hasta me ayudaba a buscar en los periódicos alguna pista sobre ti. Sentí que mi corazón se hizo chiquitito, porque lo quiero mucho, pero como si fuera mi hermano o mi padre. Involuntariamente se me salieron las lágrimas, él se arrepintió y trató de consolarme con un abrazo, pero en eso entró Leo, que corrió hacia mí y me separó de su lado; besándome me secó los ojos. Javier se

quedó furioso, lanzándonos miradas llenas de odio se retiró hasta su piano.

Al día siguiente, cuando ensayaba algunas canciones en el piano, me acerqué a Javier sonriéndole, como para dar por olvidado lo sucedido la noche anterior. Nos pusimos a platicar, pero no tardó en aparecer su rencor. La cara se le descompuso y casi me gritó que hacía muy mal en enamorarme de Leo, pues él es mucho menor que yo y me veía ridícula porque parecía mi hijo.

Esta vez la puñalada me aniquiló. Subí corriendo a mi cuarto y me tiré en la cama quedándome inmóvil. María me consolaba acariciándome la cabeza:

—Vamos, Sue, ánimo. Olvídate de la edad y de todos esos prejuicios que te ahogan. No dejes pasar esta oportunidad de amar, Dios te la ha mandado para que seas feliz y olvides todas esas cosas horribles que has vivido.

—Dios no existe —grité histérica—. ¿Cómo puedes decir que me ama? Por años la desgracia y el sufrimiento me han perseguido, y Dios ¿dónde está? No quiero creer más en él, ni en la Virgen ni en nada.

Como si Dios me hubiera escuchado en ese momento y quisiera castigarme por tantos reniegos y protestas, Camila subió para decirme que una mujer me buscaba.

Inmediatamente me levanté creyendo que podías ser tú, Remedios, o alguien que me traía noticias de Esteban, a quien no había olvidado. Me limpié la cara llena de pintura y bajé corriendo las escaleras. Frente a mí estaba parada una mujer muy guapa, todavía joven y delgada, en cuya mirada se adivinaba el sufrimiento.

—Buenas tardes, Sue, soy la madre de Leo.

No supe qué decir, pues nunca imaginé que supiera mi nombre. La invité a sentarse y comenzó la charla...

—Mi marido se ha dado cuenta de las relaciones que hay entre usted y Leo. Constantemente lo maltrata y lo mantiene encerrado para evitar que la visite. Vine a prevenirla, pues está furioso, es capaz de llegar aquí y causarle problemas. Leo la ama demasiado, ahorita está sufriendo, pero estoy segura de que con el tiempo podrá superar su pena. Por eso he decidido mandarlo lejos con un hermano mío, así

se alejará de los malos tratos que mi esposo le da y podrá estudiar tranquilo.

—¿Y yo qué puedo hacer? —pregunté apenas conteniendo el llanto.

—Quiero pedirle que, cuando venga a buscarla, lo anime para que se vaya. Comprendo que es doloroso para usted, pero si en verdad lo ama, estará de acuerdo conmigo en que eso es lo mejor.

¡Ay, Remedios! No sé ni por qué le prometí que haría hasta lo imposible por ayudarla a lograr sus propósitos. Con los ojos todavía húmedos, se despidió de mí apretando mis manos con agradecimiento.

Ya me detengo de escribirte, hermana, siento que me voy a morir con este nuevo sufrimiento. No sé qué va a pasar ni quiero pensarlo.

María del Consuelo

Septiembre de 1928

Remedios de mi vida:

Los días siguientes a la visita de la madre de Leo fueron atroces. Les pedí a todas que no lo dejaran entrar. Se extrañaron, pero me hicieron caso.

Yo me emborrachaba estúpidamente, lloraba a gritos, reía como loca, hablaba un montón de tonterías y, por supuesto, no podía atender a nadie. ¡Pobre Leo! Se quedaba parado afuera del burdel viendo todos los desfiguros que yo hacía. Camila prefirió encerrarme en la recámara hasta que me recuperara. Muchos días pasaron en los que yo vivía entre la niebla de la desesperación. Una tarde, no sé cómo, entró Leo:

—¿Qué ha pasado Sue? —¿Por qué te niegas a recibirme?

—Ha pasado que no quiero verte más, ya me has aburrido bastante. Necesito otro tipo de hombre, no un bobalicón como tú.

—¡No es verdad! ¡No es verdad! —gritó abrazándose a mí con fuerza—. No sé por qué estás actuando así. Estoy seguro de que mientes,

de que me sigues amando. Este fin de semana vendré por ti y nos iremos a México —dijo, y me besó con pasión.

¡México!, la palabra mágica. Decidí romper la promesa hecha a la madre de Leo. Iría con él a México y ya estando allí, me perdería, me escondería, lo dejaría en libertad, aunque en ello se me fuera la vida.

Por fin llegó el fin de semana. Ya tenía listas mis cosas, me despedí de Javier y de mis compañeras; di las gracias a Camila por todo lo que me había ayudado y me bajé a la sala cargando mi bolsa y mi cajita azul con todas las cartas.

Han pasado las horas, ya se está haciendo tarde y Leo no llega. Javier me observa con burla mientras paseo de un lado a otro, asomándome continuamente a la ventana. ¿Por qué no llegará? ¿Lo habrá encerrado su padastro? ¿Se habrá ido sin mí?

Remedios, que alguien me diga dónde está el alma, en qué parte de mi cuerpo se encuentra para arrancármela a pedazos y no sentir nada, ni amor ni rencor ni alegría ni tristeza. ¡Nada, Remedios! ¡Nada!

Los clientes comienzan a llegar y prefiero refugiarme en la cocina para escribirte esta carta mientras espero a mi amor. La última vez que me asomé a la puerta para ver si ya había llegado Leo, vi que entraban varios soldados. Creo que es mejor que suba a mi cuarto, no sea que Camila tenga la ocurrencia de llamarme para que los atienda. Después te sigo escribiendo para platicarte cómo va todo.

Te quiero mucho.

Sue

Julio de 1929

EL FINAL

Por fin la locomotora se detuvo llenando la terminal de una inmensa humareda. “¡Ciudad de México!”, gritó un hombre asomándose a la puerta de un vagón.

En un momento el andén se llenó de gente que bajaba del tren cargando su equipaje. Todos caminaban con rapidez hacia la salida y en unos minutos se vació la estación. Sólo dos mujeres quedaron en el andén, miraban inquietas a todos lados como si esperaran a alguien. Una es bajita de estatura, tiene los ojos verdosos y su pelo enmarañado pretende ser rubio; en la frente tiene una cicatriz que parece de un golpe reciente. La otra es todavía joven y guapa, sus enormes ojos zarcos son de llamar la atención. Están sucias, polvorientas, con una pequeña maleta como único equipaje; lentamente echan a andar perdiéndose entre el gentío de las calles.